

Aldo Torres

## Breve Apología de «Zurzulita»



MARIANO LATORRE y sus ejecuciones literarias aún están distantes de esa perspectiva de fácil acceso a una evaluación justa o atinada, constructiva, generosa. Desde su aparición pública, él concita reacciones que muestran todos los matices del elogio y del rechazo. En ciertas oportunidades, invadiendo el respetable predio personal, se incurrió y se incurre en la execración violenta, infundada, lisa y llanamente patológica. Es que la crítica, entre nosotros, no consigue ocultar los reflejos de la caverna primitiva. Salvo excepciones dificultosamente parteadas, todavía nos domina una irracional disponibilidad de los instintos y los sentimientos. Y esto es lo que promueve juicios de apreciación completamente reñidos con los cánones superiores. La pluma secular, cada día más y más arcaica, retorna en nuestras manos a la forma tremulante de la envenenada flecha del boquimano, y la máquina de escribir, tan moderna y delicada, conviértese de pronto en terrible artefacto de ametrallar reputaciones. Cuesta desprenderse del barro biológico y quienes debieran demostrar ese desprendimiento liberador, por simple mandato de su ministerio, prácticamente parecen solazarse en la dorada mediocridad de sus limitaciones. Servidores brillantes de principios ciertamente retardatarios, entorpecen, desvían el avance dialéctico que ha de darnos, como pueblo, independencia y fecundidad espirituales.

Esa crítica, tan en boga, que se mantiene de un perspicaz halago a lo epidérmico y periférico, oficia lejos, muy lejos de los dominios en donde la norma y el talento imponen sus deberes y razones, como si no fuéramos ya capaces de alto examen y elevadas responsabilidades en lo intelectual. Frente a tal predicamento no es de sorprenderse por la extremada juventud, como nación o continente, que suele atribuirse con piedad o ironía, noción que blandimos gustosos en justificación de cuanto no realizamos o de lo que siempre prometemos. Menguado artificio para encarar las sollicitaciones y exigencias del privativo proceso cultural. Algo intencionado y sospechoso se esconde en eso de creernos o de hacer que se nos crea cultores demasiado nuevos del pensamiento. De ahí que cuando surge una mentalidad penetrante que descubre situaciones turbadoras del ánimo o que proyecta senderos de renovación, aquel disfrazado ejército de seres retrógrados y complacientes no trepida un punto en cerrar el paso al atrevido.

Mucho se ha dicho y se dirá mucho más acerca de Latorre y del fruto numeroso de sus afanes creadores. De *Zurzulita* llegó a proclamarse haber sido escrita para que nadie la leyera... Bonito expediente para escurrir el bulto, infiriendo ofensa y herida al mismo tiempo. A enorme distancia del brulote anterior, se la ha presentado como imagen de un conflicto racial entre mestizos y extranjeros. A la luz de semejante enfoque Mariano Latorre sería un *chileno de pura raza europea*, proposición que bastaría considerar en su enunciado para palpar el contrasentido de sus términos. Por otra parte, *Zurzulita* avanza al encuentro de esa crítica precipitada que califica de abstracta la manera en que Latorre aborda el tratamiento de sus personajes, acusándolo, además, de no vibrar con los grandes problemas contemporáneos...

Vano fuera discutir la noble calidad genérica de *Zurzulita*. La juzgamos legítimo ejemplar de su especie. Exhibe una trama bien estructurada, enriquecida por relatos subsidiarios que armonizan cabalmente dentro del conjunto. Sus caracteres constituyen un cuadro jerárquico perfecto. Cada uno de ellos está trazado en relación directa

con el grado de importancia que le corresponde. Ninguno sobra. Tampoco hacen falta otros para conservar iluminada la totalidad del encanto emocional. Se les podría substraer sin mengua alguna para sus respectivas personalidades. El más subalterno de ellos ganaría vida propia, independiente. Es que cada uno cumple una función diferenciada y exclusiva.

Debido al fallecimiento del padre viudo y anciano, Mateo Elorduy, a poco de interrumpir sus estudios humanísticos, que seguía en una capital de provincia, y de trasladarse a un poblacho agrícola, debe hacerse cargo de la desolada casa familiar, de la herencia e intereses de su progenitor. En el curso de sus andanzas, derivadas de su nuevo estado, entra en amores con Milla, profesora interina de una humilde escuela rural. Estas relaciones le acarrearán una muerte alevosa. Mas deja un hijo... Es el asunto dorsal de *Zurzulita* y su narración sirve al escritor para relevar el amado rostro de la tierra nativa, que asoma sin cesar en la sucesión de los diversos avatares del protagonista.

Incorpóranse oportunamente los caracteres secundarios, pero no inferiores, cuya misión, como en la tragedia griega, es balancear el progreso del héroe hacia la consumación de su destino. El desarrollo sistemático de esta sólida creación literaria se apoya en núcleos de acción subsidiaria que equivalen a los rubíes del reloj montado sobre ellos. Lubrica todo el fluir de un estilo directo, individual, voluptuoso de sí mismo.

El joven Elorduy es un ente de cultura incipiente o pobre, no importa. La mala fortuna, que antes lo arrancó del aula liceana, lo arroja, sin apelación posible, en las turbulencias de la lucha por subsistir. Como contrario suyo se perfila don José Santos Bravo, alcalde del cercano poblacho de Purapel, quiérase o no, sujeto de una cultura que sobrepasa el nivel común, aunque soslayada o degradada. Por algo este "rústico chileno típico", malicioso y lleno de codicia, supo remontar los menudos tramos que separan al estado llano de la modesta tribuna de un municipio cualquiera. Ludomira Aravena, de cuyo subjetivo parecido con una especie de tórtola, *zurzulita*, deriva el nombre del libro, es curioso que, moviéndose como al margen del

cauce novelesco principal, sea, con su conducta sumisa, un tanto embrutecida, lo que más se graba en la sensibilidad del lector. Su opaca existencia enciende la penumbra del relato y la memoria. Limpio triunfo del claroscuro aplicado en la composición literaria. Pero trátase de Ludomira, Milla o Zurzulita, según se la puede llamar indiferentemente; del alcalde de Purapel, don Santos Bravo; de don José Caralps, que aconseja a Mateo; de don Varo, del cura Olguín, del oficial del Registro Civil o del infeliz de Samuelón, decididamente todos, en mayor o menor escala, concurren a labrar la desgracia del pobre Mateo. Sin embargo, el verdadero antagonista, el agente destacado por el medio para resistir al extraño, es don Carmen Lobos, “un politiquero, amigo de los causeos, de la remolienda”.

Uno de los personajes, al serle presentado Mateo Elorduy, insinúa ladinamente la procedencia extranjera del apellido. Halla enredosa su pronunciación, “como si fuera nombre gringo”. Y no hay tal. La trabajosa emisión del apellido es detalle que no pasa de ser una clave. Lo verídico es que desde el primer instante todo se confabula en contra del recién llegado, al cual, sin disimulo alguno, es preciso echar en cara su papel de intruso... Pues la presencia de Mateo fué una ingrata sorpresa para los campesinos y aldeanos. De la muerte del viejo Elorduy deducían precioso botín para los unos y los otros, especialmente para el meloso alcalde de Purapel, con quien el finado dejara cuentas pendientes. Había, en rigor, dinero de por medio. En consecuencia, a cambio de la deuda y buscando eludir su cancelación, don Santos entrega un fundo a Mateo, convencido de que a la postre el joven ha de verse obligado a renunciar a él por incapacidad, por impotencia para explotarlo, sin contar los obstáculos que indirectamente iría interponiéndole.

La iniciación del bisoño agricultor queda bajo la responsabilidad de don Carmen Lobos, celoso y fiel ejecutor de las maquinaciones de don Santos. Con el diabólico plan se entremezclan el idilio de Mateo y Ludomira, orgías jaraneras y procesiones religiosas, el velatorio de un “angelito” y el resentimiento bestial de don Carmen, que igual pretende a la preceptora, pues le debe el puesto a él. La dramática

variedad de episodios configura el bárbaro friso de nuestra vida rural en un momento dado, crudo muestrario del estado de cosas en un sector territorial ajeno a toda ley, franco espejo de crueldades latentes y manifiestas, de mitos y supersticiones favorables a todos los abusos, de bajas tendencias y pequeños intereses; sector moralmente desmembrado del organismo nacional, en donde la cultura no rebasa los linderos múltiples y movedizos de la naturaleza y, por lo tanto, no logra modificar el alma obscura de los hombres.

Integrado por incidentes que no varían interiormente, sea cual sea el estigma telúrico bajo el cual se produzcan, nos permitimos sostener que el conflicto motor de *Zurzulita* es de índole eminentemente económica. Lo atestigua el propio autor cuando nos revela que Mateo que era el instrumento y la manera utilizados por don Santos Bravo para “sucudirse” el documento de la deuda. Efectivamente, mediante una celada criminal, se quita de encima el documento y al mismo Mateo.

Hay en la derrota del joven Elorduy, en su fallido intento de hacerse agricultor, de convertirse en hombre de bien y de bienes, de transformarse, en suma, en un elemento productivo, una implicación que Latorre señala claramente y que vale la pena evidenciar. Se trata de la educación de Mateo, tanto en el hogar como en el colegio. No se dan antecedentes de su madre, del escenario ni de los acontecimientos de su infancia. Sale a nuestro encuentro en plena adolescencia, cuando ya el virus de una atmósfera espiritual malsana ha inficionado su corazón y su conciencia. Nos lo describen “sin deseos de trabajar ni de luchar”, “espantado, puerilmente inseguro ante los detalles materiales”. Ni la influencia hogareña ni la enseñanza oficial le proporcionaron los puntos de apoyo indispensables para desafiar con fiado a la realidad exterior, para que no resultase tan dura la transición entre los textos y aquélla; menos lo prepararon para una comprensión gradual de los problemas de la vida. Junto a fugaces llamaradas de optimismo y desde los preliminares de su aventura, el inerme muchacho presiente el soberano fracaso de su empresa. Le parece “haber caído en una madriguera de ladrones”. “Ranchos su-

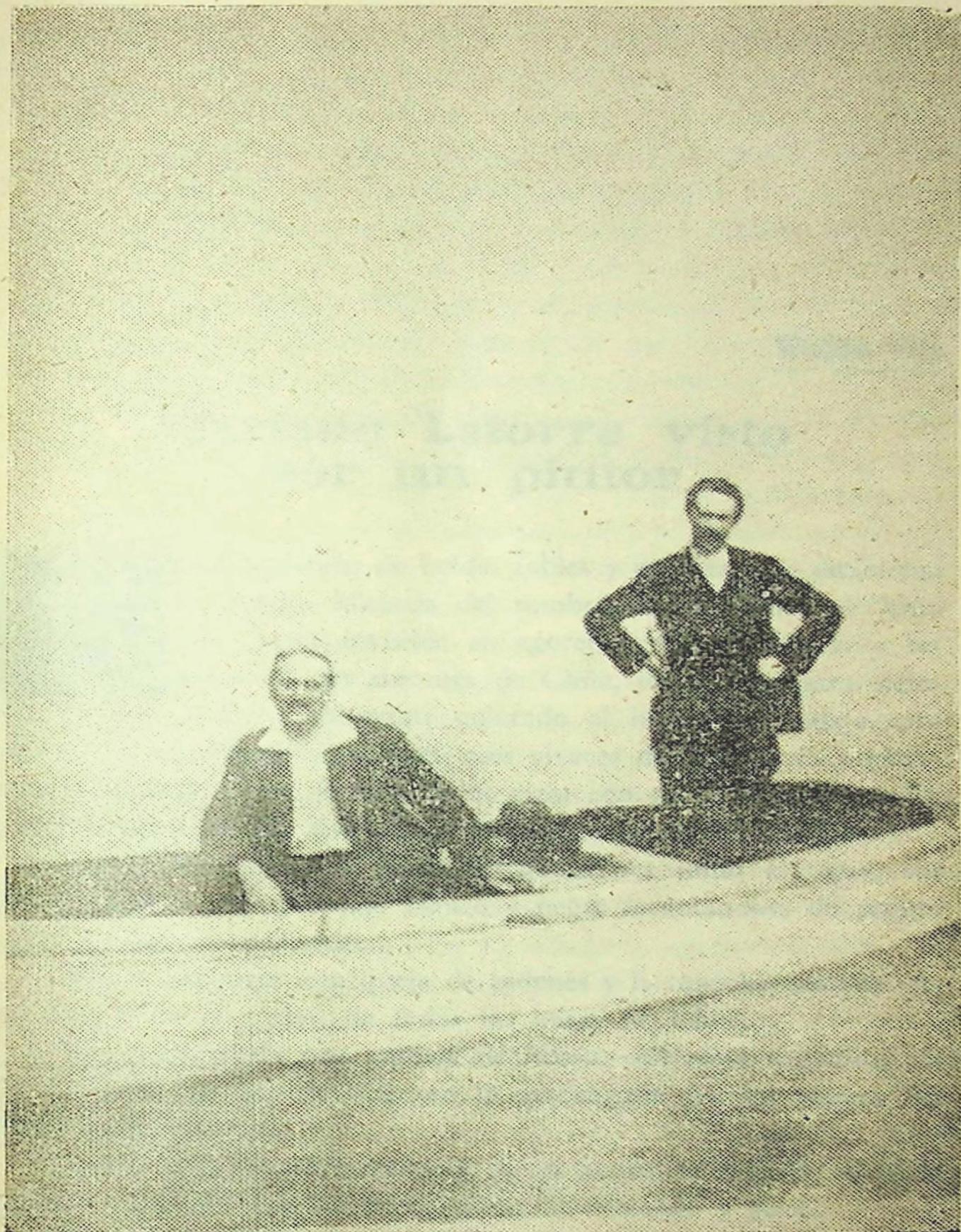
cios, pobrísimos, tierras quebradas, llenas de matorrales y de zarzas”, el presunto teatro de sus utopías se caracteriza por una miseria general. Lo que abunda en abono de la índole económica de la novela, mejor dicho, del conflicto que le da volumen y trascendencia. Pero su contenido es más rico todavía. El caciquismo político, la condición vergonzante de nuestra enseñanza rural, las deformaciones de una religión tradicional y del alma de sus oficiantes, la pasiva complicidad de algunos magistrados de pueblo, la exaltación cordial de las costumbres populares, entre otros, son tópicos que liberan a Mariano Latorre del socorrido reproche de no haber tocado los problemas sociales. Lírica exaltación u objetividad copiosa, en los capítulos de *Zurzulita* bulle un realismo crítico audaz para su época y de no poca validez en nuestros días.

La participación del paisaje en la vasta obra de Latorre ha dado pábulo a una de las impugnaciones específicas que se le formulan. Para unos reviste proporciones excesivas y abrumadoras respecto de las figuras humanas que por ella cruzan. Después no ha sido difícil deducir acusación en el sentido de que no maneja el elemento psicológico. La crítica oficial y la otra, espontánea, interesada, gratuita, han pecado, como es habitual entre nosotros, de inexplicable pereza, de palmaria carencia de interés por ahondar en el significado y en las ramificaciones de la obra sometida a la operación superficial de sus finos escalpelos. Olvidan los críticos que somos un territorio en donde no hay más de siete habitantes por kilómetro cuadrado y en donde la tierra, más que aparecer poblada, es frecuente objeto de usurpación. Olvidan también el temperamento del autor, sus propósitos y la realización de éstos. Enjuician la obra no por lo que es, sino por lo que no es o por lo que debía ser mirada desde un punto de vista caprichoso y distinto. La verdad es que, desde muy temprano, Latorre se propone sobrepasar la cercana intimidad para luego abarcar todos los horizontes de la nacionalidad. Se esforzó por dar una visión minuciosa y abundante del país. Creemos que lo consiguió en su mayor parte, aún cuando el fuerte de su estro literario,

por causas que no se han estudiado, radicaba fundamentalmente en una descripción apasionada del ámbito circundante.

*Zurzulita*, única novela grande de Latorre, grande en cuanto a dimensión y calidad, registra tres orientaciones básicas en el tratamiento del paisaje. Este, en términos generales, se puede asegurar que constituye el escenario mismo de la novela; concurre a su acción, pero no participa directamente en ella. Esto se patentiza cuando Latorre, preocupado de algún personaje o de los desplazamientos de éste, se detiene accidentalmente en motivos mediatos o accesorios, para recuperar el rumbo en seguida. Otras veces, el paisaje viene a ser un motivo de sublimación espiritual, tanto para los personajes como para el autor; un motivo de sublimación o éxtasis que se nutre de fugas contemplativas, apartes o claros profundos en que nos es permitido respirar a pleno pulmón y en libertad el puro contacto con los imponderables cósmicos. De tales recreos la obra está poblada y el lector ansioso de ellos no saldrá defraudado de su lectura. La tercera orientación, en que resalta la sabiduría estilística de Latorre, atraviesa aquellas páginas en que el paisaje, no ya motivo de contemplación ni escenario, se funde en los personajes, emulsionase y se vacía en el caudal sanguíneo de ellos. Recuérdense los deliquios amorosos de Milla y Mateo, en que dicha identidad se produce y perfecciona en acabada sincronización universal.

Tras la publicación de *Zurzulita* Latorre se inquietó más y más por hacer de su obra el friso integral a que ya hicimos alusión. A pesar de lo cual estimamos que en esta novela están presentes todos aquellos factores positivos o negativos, si se quiere, que lo distinguirían posteriormente. En ella se asienta una modalidad de expresión que va, en escala ascendente, desde un delirio acumulativo y gramatical, hasta un ritmo oracional o periódico brillante, sabroso, maravillosamente organizado. Porque Mariano Latorre, más que nada, fué un sensual de la pluma y *Zurzulita*, máximo exponente de la literatura chilena, lo prueba y lo sostiene.



Mariano Latorre con el escritor Fernando Santiván en el Lago Villarrica